“AUTOBIOGRAFÍA.”

Lo de ser inmortal no sé yo bien si es una maldición como dicen algunos, o una bendición de los dioses como hasta ahora ha sido en mi caso.

Bien es verdad que antaño, como hogaño, cosas buenas y malas me han pasado, pero a todas he sobrevivido, porque según creo, en mi raíz genética hay fuerza para seguir adelante otros dos mil años, o más.

No recuerdo a ciencia cierta, perdonadme por ello, mi lugar exacto de nacimiento, más allá de que fue en alguna zona de la meseta ibérica, no sabría decir tampoco cuándo. Cosas de la edad, creo, pues el pasado a veces se me difumina en un velo y cuando lo intento rasgar, u otros lo hacen por mí, aparece otro velo debajo del primero, y se entremezclan como lo hizo la sangre de mi madre con la de mi padre.

Nací fruto de esa unión que aparece como dicen los ancianos cuando el roce hace el cariño y salen retoños inesperados. Mi madre, ibérica de raza, con un poco de sangre cartaginesa y fenicia y quién sabe qué más, pues de todo hay en mis ancestros, conoció a mi padre, romano latino, y poco a poco se fueron conociendo por mor de esos años en los que las legiones levantaban sus castros en la piel de toro. Mi padre, que vino como conquistador orgulloso y altanero con las primeras legiones, poco a poco se fue dulcificando, aprendiendo los matices de los que le rodeaban en la Hispania, adaptándose despacio, casi sin darse cuenta, a los giros y requiebros de mi madre y a la postre, de la unión de ambos, vine al mundo.

Nadie imaginó que mi nacimiento fuese bajo un signo especial, ni que mi vida se extendería más allá de lo imaginado, ni que tantas y tan variadas peripecias me hayan llevado por mil y un caminos a lo ancho y largo de este mundo, de uno a otro confín del orbe conocido y a veces del desconocido, pues lejos me han llevado los avatares del destino, y no me quejo, antes bien, elevo preces por ello.

Como hijo inesperado nací entonces, pero no fui ni rechazado ni especialmente amado.

Simplemente, como quien no se da cuenta de los hechos, estaba allí, y poco a poco me fueron aceptando unos y otros de mis antepasados y mis coetáneos. Todos fueron dándome algo, de todos aprendí y a ninguno rechacé, pues como recién llegado al mundo, a mi tierna edad todo lo que se aprende sirve de algo, y de todos tomas valores y esencias que si bien en un principio no percibes, a la larga pasan a ser parte de tu personalidad, y ya no sabes a veces si lo que se manifiesta es por la parte etrusca de los antepasados de tu padre o de origen bereber o cartaginés que te legó tu madre. Al final no eres la suma inerte de muchas cosas, sino la fusión activa de todo.

Porque el tiempo nos modela a todos por igual, y no hay fragua más caliente ni maza más pesada que el decurso de las horas, los días, los años. Ese golpeteo constante del tiempo forja cualquier carácter, y el mío no iba a ser menos.

Y héteme aquí, ya mozo, cuando llegaron los primeros árabes a la Península Ibérica, mi hogar, y de ellos aprendí, claro que sí, requiebros y circunloquios, cantes y acentos, pero mantuve firme mi esencia, sin desdeñar lo que moros, judíos y hasta germanos y anglos tenían que enseñarme. Crecí pues, haciéndome fuerte a cada paso, creciendo en recursos y en potencial, casi sin darme cuenta, como suele ser en los casos extraordinarios.

Con todos me mezclé, y si bien nos derrotaron en Alarcos, pues del lado cristiano estaba mi corazón y mi empeño, poco después volví a la lucha codo con codo con Alfonso VII: estuve en las Navas de Tolosa, donde nos enfrentamos victoriosos a los de Muhammad An-Nasir. Castellanos, aragoneses, navarros y leoneses, todos me tenían de una manera u otra como uno de los suyos, uno más, nunca uno menos, pues menester era que alguien sirviese de vínculo entre todos, y tal papel me cupo en suerte.

Y así, andando el tiempo, que de ello andaba sobrado aún sin saberlo, me vi por mor del destino allende los Pirineos, acompañando a los moriscos y a los judíos a los que una serie de leyes, unas más acertadas que otras, expulsaron de lo que era entonces Castilla. Poco podía yo imaginar que los acompañaría en ese viaje y peregrinar, pero la querencia de todos hacía mí era ya bastante fuerte como para ello.

Ávido de aventuras, me embarqué con el Almirante al que unos luego achacaron origen genovés, otros portugués y no pocos le llamaron marrano y converso. Poco me importaba pues me consideraba su íntimo, como el de muchos en aquellos empeños de descubrimientos en unas tierras asaz feraces, que desde el primer momento en que llegué a una de ellas, hice mías para siempre.

Todo un mundo nuevo se extendía ante mí, y siendo mi faltriquera llena de días, a su descubrimiento, que no conquista, me lancé, sin saberlo bien, sin pensarlo tampoco dos veces.

No era el deseo de riqueza lo que me impulsaba, o no sólo, que algo de ello había, sí, pero también me movía el ansia de encontrar nuevos espacios, la necesidad de salir a conocer un mundo ancho y que ya nunca más fuese ajeno.

Suerte tuve, pues si con Colón llegué a esas tierras, con otros no menos importantes las recorrí, llegando a todos y cada uno de sus rincones. Con Cabeza de Vaca conocí la Tierra Florida, y alterné con los bravos seminolas, con Ponce de León me adentré en busca de la fuente de la eterna juventud ignorando que tal don me era propio sin saberlo, pues el paso del tiempo no dejaba más mella en mí que algunos cambios a veces imperceptibles pero que no causaban extrañeza ni en los que me consideraban uno de los suyos, ni en los que me conocían de primeras. Unos y otros acababan por aceptarme como soy (¿o debería decir como era?).

Pizarro me llevó consigo como antes hizo Hernán Cortés y Diego Velázquez o Balboa con el que fui al mar sin fin, que en los aromas traía señales de las islas de las especias.

Veracruz y Cuzco, Oaxaca y La Habana, todas ellas terminaron por ser mis ciudades pues en todas me sentía, antaño como ahora, igual de cómodo y querido: todos se empeñaban en conocerme, en tratarme, en compartir conmigo aventuras y descalabros, batallas y conferencias de paz. En todas partes estuve, y de todas partes algo me llevé, riqueza inagotable que aún hoy me acompaña y sigue creciendo, en alas de una magia inexplicable, en mis arcas infinitas.

No me parecía suficiente el mundo, pues hasta las Filipinas que se me insinuaron desde

Panamá en aquella ocasión con Balboa y que años después conocí con Elcano, me fui de la mano de mis compañeros de armas a aposentarme en Manila, Cavite y Báler, y conmigo fue, como en el resto de mi peregrinaje por el mundo, el pensamiento y la idea de un Dios único, que acabó por echar raíces en esos territorios allende los mares.

Que no fueron los únicos, pues andando el tiempo, me vi en Flandes, con los Tercios, y allí volví a tomar contacto con esa Europa que entonces nacía balbuceante, y mi paso por tierras más allá de los Pirineos fue quedando gradualmente en algunas zonas más que en otras.

Y así las cosas conocí el África infinita, los bosques lluviosos y húmedos de la Guinea y los secarrales de El Aaiún, pues en ambos sitios estuve por luengos años, y en ambos me quisieron y me llamaron uno de los suyos.

Crecí pues, cuando el mundo crecía y se expandía, cuando las fronteras se delimitaban hoy para caer mañana, mientras unos reinos fenecían y otros aparecían de la nada, renegando unos de su pasado, haciendo caso omiso del suyo otros y los menos reivindicando glorias de sus ancestros. Por eso me lamento al recordar a tantos amigos que dejé en el camino: innúmeros son, y no alcanzo a recordar un palmo de tierra de este mundo donde no haya enterrado a uno de los míos.

Dolor me causaba entonces, pero nada comparable al de hoy cuando veo a tantos que hoy no serían nada sin la gesta de los que les precedieron, renegar de ellos. Negarse a reconocer un pasado que les hace hoy ser lo que son, no denota solo estupidez, sino una pobreza mental que sus bisabuelos jamás tuvieron a gloria.

Pero me desvío de la línea, y espero no estarles aburriendo con mis historias personales, porque creo, mejor dicho sé, que mi historia es en cierta medida la de todos los que ahora me leen. Y lo hacen porque sin proponérmelo inicialmente, llegué para quedarme entre ustedes, que son mi pueblo, que son legión.

No lo supe cuando nací, pero poco a poco, de la mano de Cervantes y Neruda, de la de Martí y Quevedo, de Pérez-Reverte y Spottorno, he tenido la suerte de crecer, de hacerme más

fuerte, pues todos ellos han dejado algo de sí mismos en mi vida. Sin ellos, sin esos que se deleitan hogaño como antaño conmigo creando y pergeñando edificios compuestos de palabras infinitas, de arabescos del lenguaje, no habría podido llegar a ser lo que soy.

Y aunque los años pesan a mis espaldas no son lastre sino alas que me impulsan, no veo cercano el fin de mis días pues son muchos los que me consideran amigo y confidente, vehículo para sus declaraciones de guerra o de amor, y he de decir que las últimas son mis favoritas.

Pues para servir de puente nací (hoy lo sé) para unir y tender lazos, para ser ese camino secreto e invisible que cruza océanos y traspasa montañas. Desde los Andes a los Alpes, desde los Pirineos hasta los Apalaches, estoy hoy, gracias al cielo y al amor de los hombres, en boca de todos. No importa que algunos me detesten, por ignorancia o por mala fe y traten de eliminarme movidos por un odio inexplicable que no puede ser fruto más que de las más bajas pasiones. El amor de millones puede más que el odio insensato de unos cuantos.

Pueden llamarme como prefieran, llamadme castellano, llamadme español, llamadme lengua o idioma de la Hispanidad, pero no dejéis de llamarme, de darme forma y sentido, de darme aliento con el vuestro, pues así crezco, vivo y sueño ahora como hace mil quinientos años.

****

Autor: Odiseo (ver plica adjunta)